

La sonrisa  
de Gagarin



pág. 10

Teatro de  
la Decepción



pág. 10

Juan  
José  
Millás

Lo que sé de  
los hombrecillos



pág. 11

año 4  
número 16  
diciembre - enero 2011  
10000 ejemplares

# Paréntesis

El periódico literario

## Premio del V Concurso de Microrrelatos

pág. 9



Si eres socio, disfruta de un

# -5%



permanente en libros



Pregunta cómo hacerte Socio en tu tienda fnac más cercana; es muy fácil.

www.fnac.es

Poemas de Pavel Hrádok  
y Joan Margarit

pág. 3

Vestidos, Ignacio Carrión

pág. 4

Primavera sombría

pág. 6

Réquiem por Orwell

pág. 6

Taller de Escritura

pág. 7

Léolo

pág. 8

Paternidad irresponsable

pág. 8

## Tercera historia

### de Giovanni Guareschi



pág. 4



### Periódico Paréntesis

C/Sánchez Pastor, 1, 1ª dcha.  
29015 Málaga  
Tlf. 952 60 82 44

www.tallerparentesis.com  
periodico@tallerparentesis.com

**Director**  
Rafael Caumel

**Consejero**  
Antonio Almansa

**Coordinadora**  
Lola Lorente

**Delegado**  
Jorge Rosa

**Redacción**  
Poesía de Siempre y de Hoy:  
Montserrat López,  
Mauricio Ciruelos  
y otros

Prosa de Siempre:  
Rafael Caumel,  
Antonio Almansa  
y otros

Prosa de Hoy:  
Pablo Betancourt,  
y otros

Viajes y Literatura:  
Pedro Rojano,  
Rafael Caumel  
y otros

Música y Literatura:  
Damián Marrapodi,  
Jorge Rosa  
y otros

Escritura y Psicoanálisis:  
Emilio Mármol, y otros

Taller de Escritura:  
Rafael Caumel

Crítica literaria:  
Antonio Almansa, y otros

Microtextos:  
Eugenia Carrión,  
Montserrat López,  
Damián Marrapodi,  
y otros

Cine:  
Sergio de los Santos, y otros

Convocatorias de concursos:  
Pablo Betancourt, y otros

Cartas de los lectores (atiende):  
Lola Lorente

Entrevista:  
Lola Lorente, y otros

Diseño y Maquetación:  
Rafael Caumel

Asistencia gráfica:  
Pedro Rojano  
Mauricio Ciruelos  
Damián Marrapodi

## Caída libre

Billy Wallace

Tal vez crean ustedes que solo algunos personajes de novela pueden ser espásticos respecto al tiempo, como le pasa a mi tocayo de *Matadero 5*, pero yo también lo soy, y el caso verídico que voy a contar así lo demuestra.

Fui a Córdoba con tiempo de sobra para dar un paseo antes de cubrir la noticia de la presentación de un libro y, al pasar por delante de la Delegación de Cultura, me encontré una manifestación de funcionarios en contra del decreto 5/2010. "Nunca se sabe", me dije, y saqué la cámara de la bolsa.

Un par de señoras peinadas de peluquería y con gruesas gafas negras leían un manifiesto para una televisión local. Sosteniendo las tres sábanas donde se habían pintado las reclamaciones, había unos treinta funcionarios.

Tras realizar este recuento, descubrí un cartelito en el pretil de un parterre situado frente a la sede de la delegación, al otro lado de la calle. Me acerqué a leerlo. Era una hoja donde se solicitaban donaciones para sufragar los gastos de la protesta, con otra hoja plegada para servir de cestillo. Hice una fotografía.

Una treintañera morena, delgada, justo lo bastante guapa como para sentirse superior, tardó menos de un minuto en separarse del grupo de funcionarios para acercarse a decirme:

—Eres tú quien ha sacado una foto del cartelito.

—Sí —contesté.

—¿Me la dejas ver? Dame la cámara.

—No —dije por instinto.

—Pues tienes que borrarla.

—¿Cómo?

—Que vas a borrarla.

Fue en ese momento cuando miré alrededor para comprobar si me había equivocado de país. No, aquello era Córdoba pero, a pesar de las ropas y de las dos bicis de montaña que cruzaron, yo había saltado medio siglo atrás en el tiempo. Observé el llamador de ángeles que llevaba la tipa colgado del cuello. Levanté la vista y no encontré un tricorno sobre su cabeza.

—Te recuerdo que estamos en una vía pública y puedo hacer todas las fotos que quiera —le dije con calma.

—Y dónde la vas a publicar.

Quise tranquilizarla diciéndole cuál era mi intención:

—La saqué como anécdota. No

voy a publicarla.

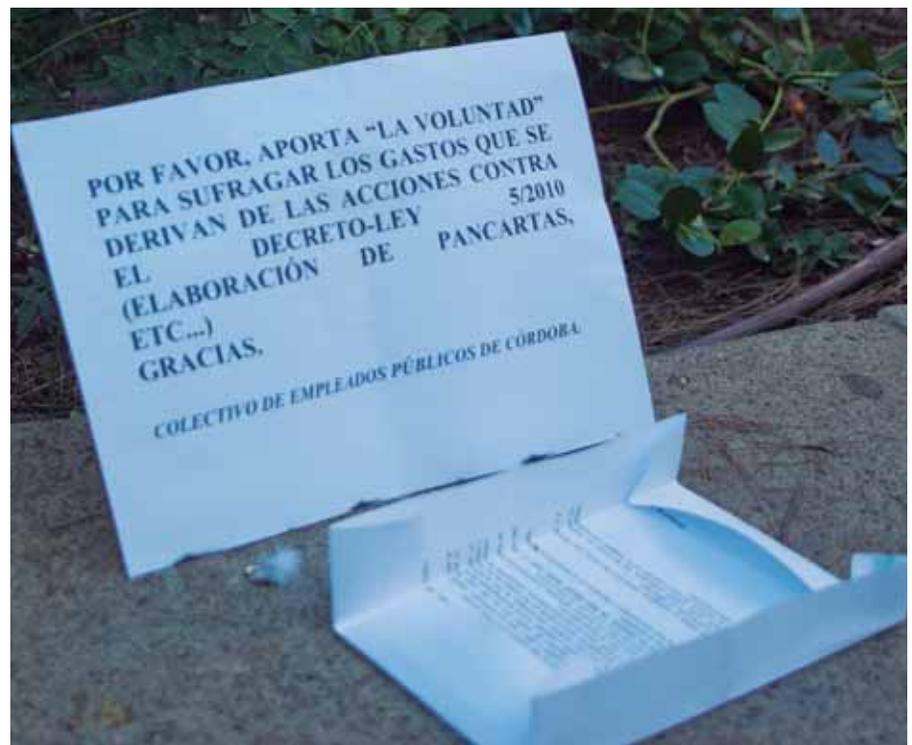
—Y yo te tengo que creer, ¿no?

Di media vuelta y me largué pensando en lo frágil que es la verdad. Lo que hasta un segundo antes era cierto, se vino abajo con su última frase.

Los viajes en el tiempo existen y son frecuentes. Sólo hay que estar atento a lo que dicen y hacen algunas personas para poder experimentarlos, y no hace falta irse muy lejos.

Coda:

Desgraciadamente, todos los viajes en el tiempo que he realizado hasta ahora han sido hacia atrás. Por favor, si encuentran a alguien que les proporcione uno hacia delante, no sean hurafios y avisenme.



## Cartas de los lectores

### Valor seguro: Inversión en santos

Fray Leopoldo de Alpanseire, aquel del hábito tan kilométrico que aún alcanza para seguir haciendo relicarios, fue beatificado en septiembre. La ceremonia costó un millón y medio de euros, que ha sufragado la orden (cada asistente al acto debía realizar una aportación mínima de diez euros). La noticia se divulgó en los telediarios después de que nos mostrasen las desgracias humanas causadas por cualquier desastre natural o bélico,

tras la cifra de familias que tiene a todos sus miembros desempleados o la de los niños que, en el mundo, mueren cada día de hambre (alrededor de diez mil).

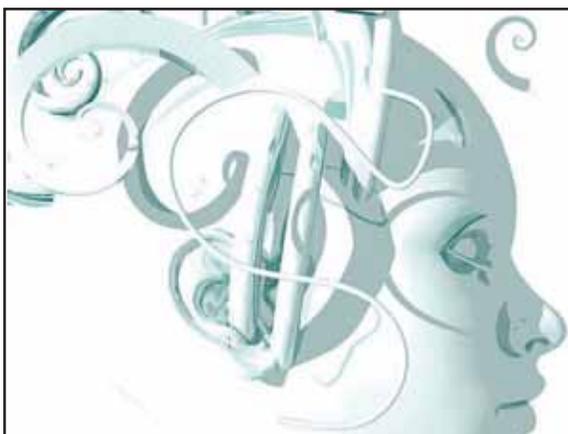
La beatificación parece una inversión empresarial, solo a falta de comprar más tela de saco. ¿Y aún nos sorprende el fracaso de la visita del Papa a nuestro país?

Isabel Navas (Sevilla)

### Error numérico

El Real Madrid visitó Málaga el mes pasado. La gente se agolpaba en la puerta del NH para verlos y no pude evitar compararlo con las charlas de escritores que se organizan, a las que no acuden más de treinta personas. Escudriñando la portada de su periódico veo que tiene una tirada de diez mil ejemplares. ¿Hay personas para tanto periódico o se trata de un error?

Antonio Leiva (Málaga)



**NEOÁTICA**  
SERVICIOS PROFESIONALES PARA INTERNET

DOMINIOS · DISEÑO DE WEBS · ALOJAMIENTOS · APLICACIONES ONLINE

Contacto · Correo electrónico: info@neoatica.com · Web: www.neoatica.com  
· Telf: 952 60 29 59

Poesía de Siempre

## Pavel Hrádok

Poeta y pintor  
(Praga, 1907-1953)

### La feria de la vida

Hubiera querido comprarme  
la barraca entera de la feria,  
la barraca pintada de color fresa,  
y hubiera querido obsequiarte  
también el cinema donde vimos  
las películas que nos dieron  
la idea de vivir en Marte.  
Hubiera querido ser asimismo el dueño  
de todos los hoteles  
en que nos escondimos,  
del tranvía en que huimos,  
del café en que nos dijimos  
para siempre adiós.  
Pero soy solo el dueño del neón fresa  
que anuncia intermitente, entreluvioso,  
ACADEMIA de BAILE.

Si desea publicar un poema, cuento o microrrelato, envíelo junto a su nombre, apellidos y teléfono a [colaboraciones@tallerparentesis.com](mailto:colaboraciones@tallerparentesis.com). Paréntesis incluirá los mejores en los siguientes números del periódico.



## Tasio Peña



Poesía de Hoy

## Joan Margarit

Antología personal  
(Visor Libros, edición bilingüe)

### El banquete

Con los fémures rotos bajo el peso  
de sus noventa años, desconfiada y voraz,  
mi suegra vigilaba, y el cobarde del suegro,  
bajo su obesidad, en diez lenguas callaba.  
Mi hijo, con un pozo oscuro y frío  
en su cabeza, absorto se atracaba  
mientras miraba la televisión.  
Mi hermano se mataba engordando, y gritaba  
sucias procacidades a los manteles blancos.  
Mis padres parecían disecados,  
mudos de tanto odiarse,  
y con la soledad terminal en sus caras.  
Un banquete moral, repugnante y fantástico.  
Tú, con nuestra amistad salvada del naufragio,  
sonriente me mirabas: sin embargo,  
tantos años de monstruos han sido implacables.

## Tercera historia, de Giovanni Guareschi

¿Muchachas? No; nada de muchachas. Si se trata de hacer un poco de jarana en la hostería, de cantar un rato, siempre dispuesto. Pero nada más. Ya tengo mi novia que me espera todas las tardes junto al tercer poste del telégrafo en el camino de la Fábrica.

Tenía yo catorce años y regresaba a casa en bicicleta por ese camino. Un ciruelo asomaba una rama por encima de un pequeño muro y cierta vez me detuve.

Una muchacha venía de los campos con una cesta en la mano y la llamé. Debía tener unos diecinueve años porque era mucho más alta que yo y bien formada.

—¿Quieres hacerme de escalera? —le dije. La muchacha dejó la cesta y yo me trepé sobre sus hombros. La rama estaba cargada de ciruelas amarillas y llené de ellas la camisa.

—Extiende el delantal, que vamos a medias —dije a la muchacha. Ella contestó que no valía la pena.

—¿No te agradan las ciruelas? —pregunté.

—Sí, pero yo puedo arrancarlas cuando quiero. La planta es mía: yo vivo allí —me dijo.

Yo tenía entonces catorce años y llevaba los pantalones cortos, pero trabajaba de peón de albañil y no tenía miedo a nadie. Ella era mucho más alta que yo y formada como una mujer.

—Tú tomas el pelo a la gente —exclamé mirándola enojado—; pero yo soy capaz de romperte la cara, larguirucha.

No dijo palabra.

La encontré dos tardes después siempre en el camino.

—¡Adiós, larguirucha! —le grité. Luego le hice una fea mueca con la boca. Ahora no podría hacerla, pero entonces las hacía mejor que el capataz, que había aprendido en Nápoles. La encontré otras veces, pero ya no le dije nada. Finalmente una tarde perdí la paciencia, salté de la bicicleta y le atajé el paso.

—¿Se podría saber por qué me miras así? —le pregunté echándome a un lado la visera de la gorra. La muchacha abrió dos ojos claros como el agua, dos ojos como jamás había visto.

—Yo no te miro —contestó tímidamente. Subí a mi bicicleta.

—¡Cuídate, larguirucha! —le grité—. Yo no bromeo.

Una semana después la vi de lejos, que iba caminando acompañada por un mozo, y me dio una tremenda rabia. Me alcé en pie sobre los pedales y empecé a correr como un condenado. A dos metros del muchacho viré y al pasarle cerca le di un empujón y lo dejé en el suelo aplastado como una cáscara de higo. Oí que de atrás me gritaba hijo de mala mujer y entonces desmonté y apoyé la bicicleta en un poste telegráfico



cerca de un montón de grava. Vi que corría a mi encuentro como un condenado: era un mozo de unos veinte años, y de un puñetazo me habría descalabrado. Pero yo trabajaba de peón de albañil y no tenía miedo a nadie. Cuando lo tuve a tiro le disparé una pedrada que le dio justo en la cara.

Mi padre era un mecánico extraordinario y cuando tenía una llave inglesa en la mano hacía escapar a un pueblo entero; pero también mi padre, si veía que yo conseguía levantar una piedra, daba media vuelta y para pegarme esperaba que me durmiese. ¡Y era mi padre! ¡Imagínense ese bobo! Le llené la cara de sangre, y luego, cuando me dio la gana, salté en mi bicicleta y me marché. Dos tardes anduve dando rodeos, hasta que la tercera volví por el camino de la Fábrica y apenas vi a la muchacha, la alcancé y desmonté a la americana, saltando del asiento hacia atrás.

Los muchachos de hoy hacen reír cuando van en bicicleta: guardabarrros, campanillas, frenos, faroles eléctricos, cambios de velocidad, ¿y después? Yo tenía una Frera cubierta de herrumbre; pero para bajar los dieciséis peldaños de la plaza jamás desmontaba: tomaba el manubrio a lo Gerbi y volaba hacia abajo como un rayo. Desmonté y me encontré frente a la muchacha. Yo llevaba la cesta colgada del manubrio y saqué una piquetilla.

—Si te vuelvo a encontrar con otro, te parto la cabeza a ti y a él —dije.

La muchacha me miró con aquellos sus ojos malditos, claros como el agua.

—¿Por qué hablas así? —me preguntó en voz baja. Yo no lo sabía, pero ¿qué importa?

—Porque sí —contesté—. Tú

debes ir de paseo sola o si no, conmigo.

—Yo tengo diecinueve años y tú catorce cuando más —dijo—. Si al menos tuvieras dieciocho, ya sería otra cosa. Ahora soy una mujer y tú eres un muchacho.

—Pues espera a que yo tenga dieciocho años —grité—. Y cuidado con verte en compañía de alguno, porque entonces estás frita.

Yo era entonces peón de albañil y no tenía miedo de nada: cuando sentía hablar de mujeres, me mandaba a mudar. Se me importaban un pito las mujeres, pero ésa no debía hacer la estúpida con los demás.

Vi a la muchacha durante casi cuatro años todas las tardes, menos los domingos. Estaba siempre allí, apoyada en el tercer poste del telégrafo, en el camino de la Fábrica. Si llovía tenía su buen paraguas abierto. No me paré ni una sola vez.

—Adiós —le decía al pasar.

—Adiós —me contestaba.

El día que cumplí los dieciocho años desmonté de la bicicleta.

—Tengo dieciocho años —le dije—. Ahora puedes salir de paseo conmigo. Si te haces la estúpida, te rompo la cabeza.

Ella tenía entonces veintitrés y se había hecho una mujer completa. Pero tenía siempre los mismos ojos claros como el agua y hablaba siempre en voz baja, como antes.

—Tú tienes dieciocho años —me contestó—, pero yo tengo veintitrés. Los muchachos me tomarían a pedradas si me vieses ir en compañía de uno tan joven.

Dejé caer la bicicleta al suelo, recogí un guijarro chato y le dije:

—¿Ves aquel aislador, el primero del tercer poste? —Con la cabeza me hizo señas que sí.

Le apunté al centro y quedó solamente el gancho de hierro, desnudo

como un gusano.

—Los muchachos —exclamé—, antes de tomarnos a pedradas deberán saber trabajar así.

—Decía por decir —explicó la muchacha—. No está bien que una mujer vaya de paseo con un menor. ¡Si al menos hubieses hecho el servicio militar! —Ladeé a la izquierda la visera de la gorra.

—¿Querida mía, por casualidad me has tomado por un tonto? Cuando haya hecho el servicio militar, yo tendré veintiún años y tú tendrás veintiséis, y entonces empezará de nuevo la historia.

—No —contestó la muchacha—, entre dieciocho años y veintitrés es una cosa y entre veintiuno y veintiséis es otra. Más se vive, menos cuentan las diferencias de edades. Que un hombre tenga veintiuno o veintiséis es lo mismo.

Me parecía un razonamiento justo, pero yo no era tipo que se dejase llevar de la nariz.

—En ese caso volveremos a hablar cuando haya hecho el servicio militar —dije saltando en la bicicleta—. Pero mira que si cuando vuelvo no te encuentro, vengo a romperte la cabeza aunque sea bajo la cama de tu padre.

Todas las tardes la veía parada junto al tercer poste del telégrafo; pero yo nunca descendí. Le daba las buenas tardes y ella me contestaba buenas tardes. Cuando me llamaron a las filas, le grité:

—Mañana parto para la conscripción.

—Hasta la vista —contestó la muchacha.

Ahora no es el caso de recordar toda mi vida militar. Soporté dieciocho meses de fajina y en el regimiento no cambié. Habré hecho tres meses de ejercicios; puede decirse que todas

## Vestidos, de Ignacio Carrión (editorial Rey Lear, 12€)

Conviene precisar que la mujer se puso los pantalones del hombre con más soltura que el hombre cuando se puso la falda de la mujer. Era la primera vez que hacían una cosa así. Se les ocurrió tiempo atrás. Lo comentaron en distintas ocasiones. Tenemos que hacerlo, decía él. Por qué no, decía ella. Cualquier día, claro que sí.

Y llegó el día. Hoy. Cruzaron una mirada mientras ella se ponía los pantalones de él y él la falda de ella. Naturalmente estaban solos en la casa. En su habitación. Con la puerta cerrada, por si acaso. La ventana cerrada y las cortinas corridas. Y así parecía resultar mucho más sencillo. Ella se miró en el espejo al ajustarse el pantalón, que le quedaba largo. Y él tuvo que apretar el vientre para meterse la falda de ella.

¿Y ahora qué?, preguntó ella.

No sé, balbuceó él.

¿Cómo que no sabes? ¡Algo habrá que hacer!, replicó ella.

Sí, claro, hay que hacer algo.

Luego la mujer dijo: supongo que ahora debo imaginarme que soy tú, y hacer lo que tú harías.

De acuerdo, dijo él. Es una buena idea.

Volvieron a mirarse. No se deseaban. No sabían cómo continuar. Les pareció ridículo. Y ella fue la primera en confesarlo: ¿no será todo esto algo ridículo?

Da igual, dijo él. Todo es ridículo. No hacerlo también puede ser ridículo. Depende de uno mismo.

Lo que no tiene sentido es seguir encerrados aquí, dijo ella. Salgamos.

¿Dónde vamos a ir? ¿Vamos a otra habitación?, le preguntó él con voz de niño travieso que juega a algo prohibido.

Vamos a la cocina, dijo ella.

Y se dirigieron a la cocina, ella delante y él detrás. Ella se volvió a mirarlo por el pasillo. Soltó una risotada.

¿Te burlas? ¿Te hago gracia?, preguntó él.

No me burlo. Sólo me río, tengo ganas de reírme. ¿O es que no puedo? ¿Para qué hacemos una tontería como ésta? Digo yo que será para divertirnos, dijo ella.

No sé, no sé, repitió él.

Ya estaban en la cocina. Había desorden. Cacharros por fregar. Copas con restos de vino. Una sartén inclinada. Sin embargo no dijeron nada: lo arreglaremos todo más tarde, habrían comentado, ella o él, en otras circunstancias.

¿Y ahora? ¿Se puede saber qué hacemos aquí?, preguntó ella.

Nada, dijo él.

Ahora podemos coger cada uno un cuchillo, propuso ella.

¿Un cuchillo?

Sí, un cuchillo.

Bueno, dijo él.

Empuñaron cada uno un cuchillo. Ella, el más largo.

¿Pelamos patatas?, preguntó él.

No. No estés impaciente, dijo ella.

¿Yo?, contestó él algo tembloroso. La voz le salía sin fuerza.

Tranquilo. Tranquilo. Hagamos un esfuerzo para estar tranquilos, dijo ella al apagar la luz. Somos tú y yo.

Sí, tú y yo, repitió él.

Vamos a besarnos, dijo ella.

Bien. Vamos a besarnos, asintió él.

Pero con el cuchillo en la boca, de verdad, amor mío, dijo ella.

Se oyó un golpe seco y desigual seguido de un grito que en realidad eran dos gritos anegados de sangre,

la sangre de ella vomitada en la boca de él, y la sangre de él en la garganta de ella.

Desfallecientes en la oscuridad, doblaron las rodillas y la cintura hasta dejarse caer lentamente en el suelo, abrazados a su propio espanto y al dolor del otro. Gemían con una extra-

ña felicidad por lo ocurrido, sin pronunciar una sola palabra, incapaces de impedir o de detener la locura que habían desencadenado, pero convencidos de que sería más que improbable llegar con vida al amanecer.



## Tercera historia, de G. Guareschi

VIENE DE LA PÁGINA ANTERIOR

las tardes me mandaban arrestado o estaba preso. Apenas pasaron los dieciocho meses me devolvieron a casa. Llegué al atardecer y sin vestirme de civil, salté en la bicicleta y me dirigí al camino de la Fábrica. Si ésa me salía de nuevo con historias, la mataba a golpes con la bicicleta. Lentamente empezaba a caer la noche y yo corría como un rayo pensando dónde diablos la encontraría. Pero no tuve que buscarla: la muchacha estaba allí, esperándome puntualmente bajo el tercer poste del telégrafo. Era tal cual la había dejado y los ojos eran los mismos, idénticos. Desmonté delante de ella.

—Concluí —le dije, enseñándole la papeleta de licenciamiento—. La Italia sentada quiere decir licencia sin

término. Cuando Italia está de pie significa licencia provisoria.

—Es muy linda —contestó la muchacha.

Yo había corrido como un alma que lleva el diablo y tenía la garganta seca.

—¿Podría tomar un par de aquellas ciruelas amarillas de la otra vez? —pregunté. La muchacha suspiró.

—Lo siento, pero el árbol se quemó.

—¿Se quemó? —dije con asombro—. ¿De cuándo aquí los ciruelos se queman?

—Hace seis meses —contestó la muchacha—. Una noche prendió el fuego en el pajar y la casa se incendió y todas las plantas del huerto ardieron como fósforos. Todo se ha quemado. Al cabo de dos horas sólo quedaban las puertas. ¿Las ves?

Miré al fondo y vi un trozo de muro negro, con una ventana que se abría sobre el cielo rojo.

—¿Y tú? —le pregunté.

—También yo —dijo con un suspiro—; también yo como todo lo demás. Un montoncito de cenizas y sanseacabó.

Miré a la muchacha que estaba apoyada en el poste del telégrafo; la miré fijamente, y a través de su cara y de su cuerpo, vi las vetas de la madera del poste y las hierbas de la zanja. Le puse un dedo sobre la frente y toqué el palo del telégrafo.

—¿Te hice daño? —pregunté.

—Ninguno.

Quedamos un rato en silencio, mientras el cielo se tornaba de un rojo cada vez más oscuro.

—¿Y entonces? —dije finalmente.

—Te he esperado —suspiró la muchacha— para hacerte ver que la culpa no es mía. ¿Puedo irme ahora?

Yo tenía entonces veintidós años y era un tipo como para llamar la atención. Las muchachas cuando me veían pasar sacaban afuera el pecho

como si se encontrasen en la revista del general y me miraban hasta perderme de vista a la distancia.

—Entonces —repitió la muchacha—, ¿puedo irme?

—No —le contesté—. Tú debes esperarme hasta que yo haya terminado este otro servicio. De mí no te ríes, querida mía.

—Está bien —dijo la muchacha. Y me pareció que sonreía. Pero estas estupideces no son de mi gusto y enseguida me alejé.

Han corrido doce años y todas las tardes nos vemos. Yo paso sin desmontar siquiera de la bicicleta.

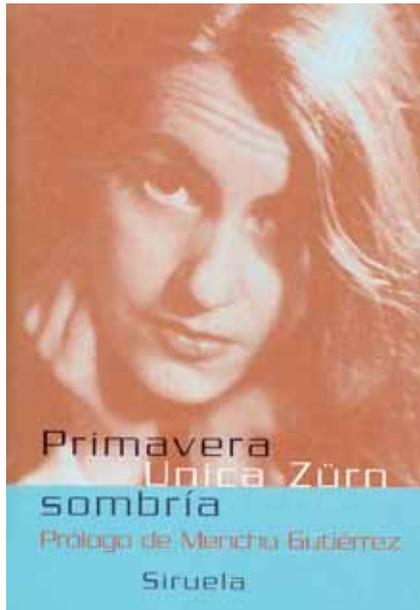
—Adiós.

—Adiós.

¿Comprenden ustedes? Si se trata de cantar un poco en la hostería, de hacer un poco de jarana, siempre dispuesto. Pero nada más. Yo tengo mi novia que me espera todas las tardes junto al tercer poste del telégrafo sobre el camino de la Fábrica.

## Primavera sombría, de Unica Zürn (Ed. Siruela, 12'50€)

Hubo una época en la que, como a tantos, me deslumbró el surrealismo; hoy conservo parte de aquella seducción por algunos de los considerados precursores, como El Bosco o Giuseppe Arcimboldo y, desde luego, por André Breton, Max Ernst,



Giacometti, Man Ray, Marcel Duchamp, Henri Michaux y muchos otros. Los surrealistas elaboraron sus propuestas a partir de una lectura muy particular de *La interpretación de los sueños*, de Sigmund Freud, tratando de plasmar en distintas artes las complejas vicisitudes psíquicas de forma directa, espontánea (quizá silvestre, en términos psicoanalíticos), que, a mi entender, obvió un par de transiciones esenciales en el inconsciente: la denominada *condensación* y el *desplazamiento*. Pero los intrincados asuntos de la mente suelen ser explicados en otro apartado ofrecido por este periódico.

En el acercamiento a la poesía y avatares personales del surrealista Michaux, conocí la existencia de la alemana Unica Zürn: me fascinó, en orden creciente, su belleza, su vida y su obra: leí *Primavera sombría* y *El hombre jazmín* en una corta edición que la editorial Seix Barral publicó en 1986; después las reeditó Siruela en los recientes 2005 y 2006.

Sin duda, ni la autora Unica Zürn ni su novela corta (extensa en emociones) *Primavera sombría*, son aconsejables para lectores pusilánimes o que únicamente requieran entretenimiento. Con acierto, Menchu Gutiérrez indica en su inteligente prólogo: «Es literatura del frío: lo que cuenta tiene una naturaleza ardiente —la iniciación erótica, la formación de una personalidad, la respuesta personal ante el enigma de la vida— aunque parezca contarse con lengua de hielo».

La escritura de Unica Zürn estremece. Sin concesiones a sí misma, indaga desde las ventajas creativas de la locura o desde su desorden. Autobiográfica y premonitrice (detalla un suicidio que años después se reproduciría en la realidad), Unica Zürn escribe para saber, para conocerse al escribir y al leerse, y para ello comienza en *Primavera sombría* con un recorrido tortuoso por su infancia: la vacilante relación con su padre, que luego influiría en las que ella

mantuvo con otros hombres; el violento episodio sexual con su hermano; la provisión de fantasías alternativas para defenderse de una realidad que sentía fatalmente hostil; la misteriosa soldadura que unía su goce al sufrimiento; la culpabilidad por ser feliz —cuando lo era— y el abatimiento, creyéndose inútil, al perder amores que imaginó inmortales.

*Primavera sombría* no debe leerse desde una pose entre indolente e intensa, sino desde la convicción de que, si bien los sucesos de la protagonista podrían ser o parecerse ajenos, no así lo esencial de lo narrado, que resulta perdurable: un logro que consiguen algunos autores y que llamamos «universalidad» en literatura. Es una novela para recomendar a fronterizos, a quienes saben o intuyen que en las heridas anidan certezas esclavistas por derrotar, por destruir, pero también los anhelos que las cicatrizan y reconstruyen la vida.

## Música

Damián Marrapodi

## El hombre de hoy; réquiem por Orwell

Fermín echaba el día en aquel patio, siempre vestido de blanco. Yo pasaba por allí a las cinco y media, cuando volvía del trabajo. Él apoyaba la frente entre dos barrotes de la verja y me pedía que le diese un cigarrillo. Yo se lo ofrecía y él sacaba su mano izquierda para cogerlo. Tenía las uñas pintadas de color burdeos.

Tardé en darme cuenta de que aquello era un manicomio, pensé que se trataba de un geriátrico, ese altílo al que la gente va a parar cuando no tiene donde dejar caer el culo. Fermín tenía mal aspecto, yo no sabía si un cigarrillo más podría matarlo, pero se lo daba de todos modos.

Durante varias semanas seguí convidando con mis cigarros a aquel hombre que se pintaba las uñas de color burdeos. Hasta que una tarde decidí que iría a hablar con él. Me sentía progre y pensé que las cuotas que pagaba a una ONG no eran suficientes; tenía la oportunidad de comprometerme más con los problemas del mundo. Un enfermero me dirigió al patio. Fermín me miró sorprendido. Se presentó primero y me tendió la mano; no paró de agitar mi brazo con el suyo como por una eternidad. Pensé que se trataba de una mala idea. Cuando nos quedamos solos saqué la cajetilla del bolsillo y nos sentamos en un banco; me explicó que no es el cigarrillo lo que te manda al cajón, sino los atascos diarios, el noticiero y el timbre que suena en el momento más inoportuno.

Hablamos durante un par de horas. Me contó que era poeta y

había viajado mucho por toda Europa. También que era antropólogo. Tal vez lo fuese, no lo sé, pero me confesó que se marchó “de una vez y para siempre”, porque la presión le destrozaba las espaldas, la presión de ser alguien, el tiempo que se esfuma, el dinero, el periódico de los domingos y el prozac; “eso fue lo que me llevó a viajar”, dijo. Yo hubiera elegido la palabra huir, pero él escogió viajar, hasta que se instaló en una granja hippie cerca de Edimburgo. Mencionó a Pink Floyd y su experiencia con los ácidos. La importancia espiritual de la música. Cuando nos despedimos fue corriendo a su habitación y me dejó un libro: *1984*, de Orwell. “Me lo devuelves en la próxima visita”.

Al llegar a casa me asomé a la ventana, encendí un cigarro y pensé en lo que me había contado acerca de la vida moderna, las instituciones podridas y el poder. Sobre todo me inquietó que, una vez que el comunismo había dejado de existir, se necesitaba otro enemigo y otra forma de alimentar a la industria del miedo. “Mientras todos miramos para un lado nadie ve lo que pasa en el otro”, había susurrado mirando de reojo al enfermero apostado en la puerta del patio. Con la colilla en la mano, todavía junto al ventanal, pensé que, aunque tenía el hábito de huir, no se atrevió a suicidarse. Al menos, no de un modo certero. Tal vez eligió hacerlo lentamente después de entender que todas las ciudades eran la misma. Volví a mirar por la ventana y



me pareció ver que la calle estaba llena de locos que venderían a sus madres por un contrato fijo.

Rebusqué en un cajón y encontré una vieja cinta de Pink Floyd. No tenía ningún aparato con el que escuchar aquella antigualla, pero recordé la melodía de *El muro*. Aquellos músicos habían hecho un trabajo intelectual. Hoy en día todo era *fast food*; la música, el cine, todo. Hasta una película mala de antes era mejor que una película mala de ahora. Sólo hay música sintética para drogas sintéticas, para personas sintéticas. Pero, ¿qué había pasado con el rock, cuántos ácidos tomaban Gilmour o Waters ahora? Ya solo venden camisetas entre los adolescentes. No nos dijeron cómo seguía la canción; ahora aquellos músicos manejaban derechos de autor, habían ganado mucho dinero.

Me pregunté si la única salida era autodestruirse. En cualquier caso es un derecho adquirido, pensé. ¿Qué

hacemos? ¿Queremos hacer algo?

Al cabo de tres días fui a hacerle otra visita a Fermín. En la puerta del manicomio me encontré con unos hombres que estaban cargando un camión con camas, escritorios y archivadores. Les pregunté qué pasaba y me dijeron que el edificio había sido clausurado por recortes de presupuesto y que los internados habían sido redistribuidos en otros nosocomios del país. “No te preocupes, tu madre va a estar bien”, dijo uno, y los demás se rieron a carcajadas. Volví a casa.

Tenía dos opciones: o desechar todo lo que me había contado Fermín o seguir considerándolo. Lo que más me asustaba no era su desaparición —a fin de cuentas él no podía estar mucho tiempo en un mismo lugar—, sino lo cerca que me sentía de aquel hombre que se pintaba de un color insultante las uñas para decirle a todos que este mundo no le convencía.

## Más duro que el hormigón

Aunque ahora me avergonzaría leerlos, mis primeros relatos me parecieron buenos cuando los escribí. Para mí eran tan bonitos y auténticos, plenos de intención y con tal equilibrio de la intriga, que estaba convencido de que tenía facilidad para la escritura. Los ponía a circular entre algunos familiares escogidos, unos pocos amigos y todas las amigas posibles, y todos coincidían en la opinión: “están bien”, e incluso los más allegados matizaban: “están muy bien”.

Intuí el error del método y no tardé mucho en buscar personas con quienes organizar un grupo de escritura para intercambiar textos y comentarlos (en aquella época no existían talleres de escritura en mi ciudad). La primera crítica que recibí me sentó como un tiro y caí de lleno en esa estupidez tan generalizada de pensar que la culpa es de los demás, incapaces como son de comprender tu arte y tu indiscutible valía. Éramos un grupo de aficionados sin argumentos sólidos, pero la experiencia me sirvió para comenzar a aceptar opiniones de terceros.

Esto no significa que recomiende el sistema. También aprendí que un grupo de personas opinando puede, sin pretenderlo, confundir más de lo que ayuda. La clave (en mi caso fue



así) consiste en encontrar a alguien con un criterio tan forjado y solvente como para que sus argumentos sean el escoplo que ayude a perforar la gruesa capa de hormigón con la que protegemos nuestros errores. A partir de esa iniciación, se está más dispuesto para seguir aprendiendo

mediante el estudio de los relatos de aquellos escritores a quienes decidimos convertir en nuestros maestros.

De todas formas, siempre viene bien contar con una persona de confianza a quien, previo pago de las copas que hagan falta, colarle tu manuscrito para que te dé una opinión.

En todos los años que llevo impartiendo talleres, la principal dificultad que siempre he encontrado es la resistencia visceral a la crítica, incluso cuando el alumno es consciente de la importancia que tiene en su progreso. No faltan anécdotas de personas que, al proponerles arreglar algunos errores de bulto con motivo de una posible publicación, se creyeron al mismo nivel que Faulkner y gritaron: “esto va así o no va” (y por supuesto, no fueron publicados), como también es memorable la respuesta que, a un ofrecimiento de aportar unas sugerencias a su texto, me dio uno de esos poetas que escriben su propia entrada en la *wikipedia*: “a mí no me corrige ni Gabriel García Márquez”.

Un taller de escritura está obligado a facilitar al alumno el reconocimiento, a veces agónico pero indispensable, de que el cuento que escribió, tan bien definido y proporcionado como lo consideraba su autor, se va a convertir en tantas lecturas diferentes como personas lo hayan leído o escuchado. En cuanto aprenda esto, se ocupará de lo importante: conseguir que su historia llegue al lector, le interese o emocione. A partir de ahí estará más abierto a la crítica, y sabrá sacarle mayor partido.

## Escritura y Psicoanálisis

Emilio Mármol

## Desbordamiento

Una vertiente de la escritura —del hecho de escribir— es el efecto de un desbordamiento subjetivo. Es notorio, y casi un tópico, que la adolescencia es una edad propicia a la escritura. ¿Hay acaso etapa importante más decididamente expuesta a los desbordamientos? Entiéndanse como excesos, como ansia vital, o que los consideremos rebeldía típica, esas edades, que pueden durar bastante, exponen a la juventud a los retos más duros y a las pruebas sobre las que se asentará el resto de sus días.

Tomados así, como ejemplo, nos dejan ver *en sus excesos* lo que en otras etapas posteriores se someterá a la medida, aunque sea bajo el falso manto de lo que la hipocresía social impone como modelo de conducta, el corsé de las buenas costumbres que venden como “hábitos saludables”.

Me doy cuenta de que este breve escrito lleva ya la marca de cierto exceso. No creo que el hecho de la escritura pueda pensarse desde fuera de esa necesidad de poner sobre el papel, en el mundo, algo que nos desborda y que literalmente quiere salir o necesitamos exponer. Es más; desde el punto de vista que planteamos, la escritura es un ejercicio de encauzamiento, de apaciguamiento y, por decirlo todo, de salud psíquica.

Nuestro discurrir cotidiano conoce otros efectos de desbordamiento y el psicoanálisis se aplica sobre estos fenómenos que nos traen a la “superficie” la verdad inconsciente en la que encuentran su justificación. Si pensamos simplemente en la ocurrencia de un lapsus, que podemos tomarlo como fenómenos de desbordamiento, es decir, de algo que se expresa más allá de la barrera que impone

nuestro discurso, lo que podemos constatar es que nos permite pensar que hay algo previamente escrito en nosotros mismos, que nos es desconocido y que quiere expresarse; que lo hace prescindiendo, de entrada, de todo efecto de sentido, aunque después se le pueda dar (si se analiza) y podamos saber lo que queremos más allá de lo que queríamos decir.

Animo a los que escriben a que se vean en estos efectos de la escritura, donde probablemente todos seamos “novelas andantes”. Sugiero esfuerzo para usar ese material, que es tan válido —o más— que muchos otros. Y animo a todos para aceptar que, quiérase o no, de una u otra forma, ningún ser humano es ajeno a la escritura.

<p><b>Librería rayuela</b></p> <p>C/Cárcer, 1 29008 Málaga 952 219697 952 220786 www.libreriarayuela.com rayuela@libreriarayuela.com</p>	<p><b>AGAPEA</b> LIBROS URGENTES</p> <p>Avenida Doctor Manuel Dominguez, 6 29010 Málaga</p> <p>951 020 502 www.agapea.com</p>	<p><b>lasdescalzas</b> papelería - librería copistería</p> <p>Plaza Las Delcalzas, 2 Antequera 952 844 339 info@lasdelcalzas.com</p>	<p><b>PROQUO</b> LIBRERÍA UNIVERSITARIA</p> <p>C/Juan Villarazo, 28 Campus de Teatinos 29010 Málaga 952 612 871 www.qproquo.com info@qproquo.com</p>	<p><b>CINCO ECHEGARAY</b> MÁLAGA</p> <p>C/Echegaray, 5 29015 Málaga 952 60 93 52</p> <p>www.cincoechegaray.com cincoechegaray@yahoo.es</p>
--	---	--	--	--

## Léolo, de Jean Claude Lauzon (coproducción francocanadiense, 1992)

Hay películas que pueden definirse con un par de frases; otras, que las consideráramos sublimes, se desdibujan hoy en la memoria quizá porque el paso del tiempo las desmejora. Con *Léolo* no ocurre igual: no solo es una gran película sino algo más; posiblemente uno de los retratos filmados de la locura —y del intento de evitarla— más sobrecogedores de los últimos veinte años.

Un preadolescente que vive en un barrio sórdido, rodeado de la vulgaridad y esquizofrenia familiar, trata de esquivar la vida con la que, a su pesar, le ha tocado cargar. Lo intenta con la lectura (hay un único libro en su casa que relee, *El Valle de los avasallados*, de Réjeau Ducharme), con su afición a la escritura y con los sueños (...porque sueño no estoy loco). Sus sueños le permiten imaginar mundos iluminados y amables, el amor perpetuo a Bianca, su vecina, y el fantaseado regreso a Italia: "Me despierto muy temprano. Mi vuelta del campo de los sueños es brutal al entrar en el país de lo cotidiano". *Léolo* sueña a través de lo que escribe, y escribe lo que sueña. Sus anotaciones, una especie de exorcismos contra la mísera realidad, le permiten distanciarse de una familia trastornada que camina hacia la locura y recalca en los psiquiátricos: su hermana catatónica; el padre, que suministra laxantes a sus hijos (como si fueran hostias) mientras vigila obsesivamente las deposiciones; un hermano que desarrolla sus músculos hasta la exageración como un

escudo particular contra el miedo, pero que no le salvan de acobardarse en el momento menos oportuno para él y para *Léolo*.

El joven director Lauzon echó el resto en su última película; murió poco después, a los 44 años, en un accidente aéreo. No tuvo miedo de abrir la caja de Pandora, de escribir un guión desde el agujero negro más profundo y apasionado de su mente,

quizá elaborado por lo que el inconsciente le dictó de su historia personal. Huyó deliberadamente de la realidad de cartón piedra hollywoodiense que se ha enquistado en el cine, y muestra las miserias humanas tan desnudas y aireadas que podrían doler (porque, quién sabe, podríamos reconocernos en ellas, admitir una fragilidad intrínseca, una moral oculta..., y eso duele, repugna o asusta).

Pero es posible que los más honestos consigo mismos encuentren otra intención en la película: un reflejo de la soledad compartida, y aprendan, como *Léolo*, a soñar para sostener una cordura resbaladiza.

Es una de las historias más honestas, arriesgadas y auténticas jamás rodadas. Brutalmente febril y hermosa, fue realizada a partir de un guión confeccionado con una escritura compulsiva y automática, repleto de símbolos e iconografías que, en algunas imágenes, pueden recordarnos a Fellini. El hallazgo de las músicas, que van de Loreena McKennitt a cantatas medievales, de Tom Waits a Gilbert Bécaud y los Rolling Stones, dotan a la película de un embrujo inmaterial. La voz en *off*, de gran belleza poética, nos introduce en una especie de realismo mágico: el director consigue un marcado contraste entre lo que el espectador ve y lo que oye. Solo así, evadiéndonos con la palabra narrada, podemos soportar imágenes tan duras como las de una banda de niños fumando y follándose a una gata; una escena de pederastia o el intento de asesinato en una bañera. Incluso llegar a sonreír cuando la madre ofrece a la familia una pieza de hígado que ha sido utilizado secretamente como vagina apenas unas horas antes. Pero además, paradójicamente, de esa forma tan violenta podemos enamorarnos apasionadamente de la Italia soñada por *Léolo* o compartir tesoros encontrados en las profundidades de piscinas hinchables.



## Paternidad irresponsable

Ada Valero

### 1. Waka waka

Te divorcias, te relames de gusto pensando en la bicoca que te espera: ese pisito de soltero laboriosamente desordenado, las reuniones de amiguetes para ver el fútbol y beber unas birras, las tías de paso —nada de ceremonias: ha sido un placer y adiós



muy buenas—, el domingo en calzoncillos rascándote los huevos sin que nadie te mire raro... Y va la colgada de mi ex, toda moderna ella, y me endosa a la niña; y es que ella, claro, ella tiene que realizarse y perfeccionar su arte, porque mi ex es violinista (en Abu Graib no dudarían en contratar sus interminables pizzicatos de Paganini: son una tortura infalible) y tiene que hacer giras y bolos por esos mundos de Dios, y cómo se va a hacer ella cargo de Clarita, qué locura, una niña en pleno crecimiento necesita una vida estable, ordenada. Vamos, que adiós a los amiguetes y al picadero. Ahora soy un padre responsable con abono fijo en el sofá del psicoanalista. Desde que Clara volvió a mi vida para quedarse, mi porvenir pinta de lo más oscuro.

Es notable la capacidad femenina para diversificar las formas de tortura. No es solo que mi hija viva pegada al móvil como si se tratara de una prolongación de sus manos; o que se crea que la razón de ser de los pan-

talones es que asome la mitad de las bragas. Resulta que además me mira con una mezcla de estupor y repugnancia más elaborada que la de su madre, como si le hubieran tirado a la cara un pegote de blandiblu, y eso que delante de ella no ando en calzoncillos ni me rasco los huevos, no que yo me dé cuenta, al menos. Para más inri, ha heredado la pasión melódica de mi ex. Bueno, puntualizo: Clara no tiene un pelo de virtuosa y además es enemiga declarada del violín —por algún sitio tenía que asomar la mezcla genética, digo yo, y mi hija, después de todo, es una cría saludable, inmune al síndrome de Estocolmo—, pero primero le dio por el paraguas de Rihanna, que vale, que la mulata está de toma pan y moja, después pasó por DJ-tal y DJ-cual, y ahora ha llegado al *Waka waka* de Shakira, que también está buena, pero que se deja ver tan poco como Rihanna y en cambio se deja oír hasta la saciedad y a todo volumen. Otra con papeletas para Abu Graib.

Así las cosas, hoy mi incipiente conciencia de padre responsable ha necesitado un respiro y ha claudicado ante el expositor de MP3 de Media Markt. Para cuando llego a casa, ya casi he olvidado la información referente a las secuelas auditivas que provocan los benditos auriculares de botón. El último residuo de remordimientos desaparece ante la alegría de Clara al ver el MP3 que nos he regalado. Pero justo empezaba a celebrar íntimamente el triunfo, mecido por una feliz modorra, cuando Clara ha irrumpido en el salón sin darme tiempo a impedir que pusiera el CD en el equipo. Exclama un "¡Mira, papá!", sube el volumen, se sitúa frente a mí y al conjuro de un grito tribal despliega la coreografía completa del *Waka waka* incluidas todas sus contorsiones imposibles, mientras mi ánimo pasa del cabreo a la desesperación, de la desesperación a la inquietud y de la inquietud al desvelo: con ese meneo de caderas, cualquier día me desgracian a la niña.

## V Concurso de Microrrelatos Paréntesis

**Fallo del jurado:**

Han sido 3174 cuentos procedentes de todas partes del mundo los que se han presentado en esta edición del concurso.

Felicitemos al ganador y a los autores de los cinco microrrelatos finalistas, a quienes agradecemos que nos hayan dado permiso para publicar sus textos.

En este número de nuestro periódico, ofrecemos el relato ganador y dos de los finalistas. Los restantes finalistas serán publicados en el número de febrero.

**Ganador:**

*Escena primordial 1*, de Carlos Carusi (Buenos Aires, Argentina)

**Finalistas:**

*El fantasma del Olimpia*, de Miguel A. Royo Payarés (Zaragoza, España)

*Una mujer corriente*, de Juan González de las Casas (Murcia, España)

*Burocracia*, de M<sup>a</sup> Eulalia Douglas Pedroso (La Habana, Cuba)

*Aula Magna*, de Elena Marqués Nuñez (Sevilla, España)

*Cada cosa en su lugar*, de Nathalie Moreno Arqueros (Santiago, Chile)

**Primer premio (1000 €)****Escena Primordial 1**

Trepamos la loma. Los pies se nos hunden en la tierra. El sol está alto. El aire trae olor a pasto quemado.

Desde la cima observamos la casilla, en medio del páramo. Vemos los postes; imaginamos los alambres del contorno.

Ella cuelga ropa en las sogas del fondo. Nos llama con señas.

Pasamos por el costado de la laguna. De reojo, vemos que ella espera con los brazos en la cintura.

Después corremos hacia la casilla. Nos lentificamos cuando estamos cerca.

Aferrados al alambre, vemos que su vestido floreado tiene seis botones. Los dos del medio están abrochados. Ella camina hacia el tacho que aguarda al lado de la soga. Nos mira. Se agacha para buscar algo que le quedó sin colgar.

Recoge una tanga y un sostén. Los tiende. Entre una y otro, sonrío. Se acerca al alambrado y nos pregunta si hoy trajimos dinero.

Carlos Carusi  
Buenos Aires, Argentina

**Finalista****El fantasma del Olimpia**

Conociendo a mi padre, no me sorprendió que desapareciera el día que cerró el Olimpia. Ese cine era toda su vida. Me sorprendió más que se llevara la trompeta. Semana y media tuvo paradas las obras. Ni rastro. Se convirtió en una leyenda. El fantasma del Olimpia, decían. Hace poco cumplí los 18 y me dejaron entrar. Empecé a jugar y empecé a ganar. El fantasma del Olimpia, dicen. No hago caso. Juego y gano. Gano mucho dinero, tanto que puedo comprar el bingo y convertirlo en cine y reponer Plácido, la última película que vi tantas veces desde esta cabina. Hace frío, como entonces, el tren se acerca, ya están aquí las artistas, que suene la banda. Pero esta vez, hartado de la misma partitura, algún músico decide improvisar. Conociendo al nuevo trompetista no me sorprende.

Miguel Ángel Royo Payarés  
Zaragoza (España)

**Finalista****Una mujer corriente**

Desde la primera visita tuve la impresión de desorientarme en su presencia, a pesar de que, aunque pueda parecer lo contrario, Clara es una mujer corriente. Educada, alegre, deseable, no deja de resultar una mujer corriente.

La primera bolita de papel que arrojé contra mi cama, me pareció accidental. Poco a poco se fueron convirtiendo en una curiosidad; no sé si, a veces, una burla. Sin embargo, tan larga vigilia mudaba sus frivolidades en frágiles concesiones: descubría furtivamente el rincón de sus pequeñas bragas, justo entre sus piernas. Ella lo sabía y fingía sensual indiferencia; le parecía divertido.

El musgo preserva el pasado, vela el futuro, como el desconchado de esta habitación, lo único que puedo ya ver desde aquí, inmóvil, desde esta cama.

El presente se hace ahora innegable y todos guardan inusual silencio. Pero no olvidéis que la deslumbrante Clara es solo una mujer corriente.

Juan González de las Casas  
Murcia (España)

La Asociación Cultural Paréntesis convoca el

# VI Concurso de Microrrelatos Paréntesis

Para autores de todo el mundo / Admisión hasta 30 de septiembre de 2011 / Bases expuestas en [www.tallerparentesis.com](http://www.tallerparentesis.com)

## 1.000 € al mejor microrrelato



## La sonrisa de Gagarin

De pequeño quería ser cosmonauta. Nada de astronauta, esa versión espacial de vaquero rumiante de chicle, sino cosmonauta, un auténtico pionero. Mi ídolo era Gagarin, cuya sonrisa sencilla y franca me sigue dejando absorto; ni Armstrong, ni Collins ni Aldrin, ni los tres juntos supieron sonreír como él. La de Yuri era la sonrisa de la conquista sideral.

Conforme crecí, mi sueño se fue moderando. En mis últimos años de EGB, de camino hacia el almacén donde mi padre me obligaba a pulir piedra como compensación por mi capricho de ir al colegio, intuí que aquella marmolería era la única nave que iba a pisar. Sin embargo, quedaba la vía teórica. No importaba cuántas planchas de mármol tuviese que pulir, yo iba a ser ingeniero aeronáutico. No iría al espacio, pero ayudaría a que otros fuesen. Aún no sabía nada del padre de la cosmonáutica, Sergei Korolev, aunque para entonces yo era mucho más práctico y no me hubiese permitido soñar con parecerme a él.

Luego, todo fue rápido. Durante el primer año de instituto, diseñar una avioneta ya lo consideraba un logro, y en tercero tenía claro que no podría ir a Madrid a estudiar Aeronáutica. Ni siquiera disponía de medios para cursar Física en la universidad más próxima que ofrecía esa carrera, la de Granada. Así que estudié una ingeniería vulgar en mi vulgar ciudad.

La pequeña historia de mi sueño había comenzado con la llegada del hombre a la Luna y terminó en la época de la estandarización de los vuelos en lanzadera: un sofisticado patinete que no puede ir más allá de



lo que Gagarin alcanzó en 1961 con el Vostok 1 (apenas una pelota de acero de dos metros de diámetro). El proceso de declive de la carrera espacial fue paralelo al de mi carrera imaginada. De alguna forma, el paulatino apaciguamiento del mundo coincidió con el mío.

Por supuesto, no fui consciente de este proceso paralelo; a veces, inclu-

so me sorprende diciendo que soy un hombre que se ha hecho a sí mismo. No es nada extraño: como la mayoría, soy experto en enterrar sueños. Tan eficazmente lo había olvidado que, cuando el pasado verano hice un viaje a Moscú, estuve a punto de ir sin haber visitado el Museo de la Cosmonáutica. Después de una semana allí, la mañana antes del vuelo

de regreso, dudé entre varias opciones como despedida y pensé que este museo sería un paseo cómodo, el preámbulo idóneo para no sobrecargar la pesada tarde de aeropuertos y aviones que me esperaba. Supongo que unas camisetas con la sonrisa de Yuri que había visto en los puestos de la calle Arbat intervinieron en aquella decisión, en apariencia inopinada.

Es curioso qué emboscadas pueden prepararte los sueños desde su sepultura. Aquella mañana, la última, fue la más intensa y difícil que viví en Moscú. Tan ciego estaba que solo me di cuenta de la encerrona cuando entré en el paseo donde se levantan las estatuas de homenaje a Korolev, Gagarin, Tereshkova, y me encontré de cara con mis dioses. Al final del paseo, el Monumento a los Conquistadores del Espacio, con aquel cohete en lo más alto de la progresiva estela plateada, me obligó a preguntarme qué había sido de todo aquello. Hasta dónde puede renunciar el ser humano a sus sueños.

Yo había visitado las tumbas de Chéjov, de Bulgákov, Gógol, Stanislavski, pero no estaba preparado para aquel cementerio.

Aguanté el tipo hasta que llegué, dentro del museo, frente a la urna que contiene el traje de Gagarin. Fue ahí donde lloré. Todo esto es confuso y no sé hasta qué punto fueron lágrimas de autocompasión. A mí me pareció que dentro de aquella urna de cristal estaban encerradas, junto al traje del primer cosmonauta, no solo mis ilusiones, sino las de toda la humanidad.

## Gestión sostenible del entusiasmo: *Teatro de la Decepción*

La queja permanente es más aburrida que una homilía del papa en quince idiomas. Es cierto que los problemas están ahí y son graves: recortes drásticos de presupuestos; personas y compañías fosilizadas que acaparan las subvenciones; instituciones y programadores que no apuestan por los valores emergentes y solo se ocupan de perpetuar estereotipos. Un escenario penoso el teatral, de acuerdo, pero: ¿debe permitir el verdadero artista que eso lo detenga?

Lo cómodo es escudarte en la queja para no tener que hacer nada y, encima, poder echarle a otros la culpa de tu renuncia. Lo comprometido (contigo mismo y el mundo) es buscar la forma de superar los obstáculos para desarrollar tu arte. Esta segunda vía, llena de dificultades pero también de satisfacciones, es la que han elegido los integrantes del *Teatro de la Decepción*, una compañía fundada en 2002 que, después de ocho años

sin haber recibido ni una sola subvención, se las ha ingeniado para hacer giras por países de tres continentes (Europa, África y América) por sus propios medios.

El director, Raúl Cortés, y el elenco (Salva Atienza, Nerea Vega, Pepi Gallegos y Susana Vergara), todos titulados o estudiantes de Bellas Artes, tienen muy clara su vocación. Procuran negociar para que estos proyectos internacionales se autofinancien pero, al final, muchos gastos salen de sus bolsillos. Las claves para poder costearlos son dos:

1) "No hay subvenciones ni contratos, sentimos la censura hacia los nuevos trabajos", dice Raúl, "pero tenemos un salón en casa". Raúl sabe que un elenco no se sostiene arreglando una interpretación cada uno o dos meses en alguna sala. Se requiere un trabajo riguroso, constante y, aunque sea limitada y en forma de donativos, una fuente de

ingresos. Por eso, Salva y él utilizan el salón de casa para representar obras teatrales todos los fines de semana.

2) Tras una de las representaciones, nos cuenta Susana: "Esta mañana hice una actuación infantil y luego fui a trabajar a una panadería. He ganado 25€ que todavía no me han pagado. Después me he venido aquí a repasar la actuación. Así es como sobrevivimos".

Tanto el trabajo de dirección como el nivel de las interpretaciones sorprenden por su profesionalidad. El *Teatro de la Decepción* surge como respuesta seria a la política cultural de este país e incluso al mismo sector teatral, que se muere de intrascendencia y banalidad.

Actualmente están representando *No amanece en Génova*, la segunda obra de *Trilogía del desaliento*, escrita por Raúl Cortés (Llaüt & sensenom ed., Barcelona) que, lejos de tanta



comedia inspirada en *sketchs* televisivos y tanto monólogo de la Paramount, busca devolver el teatro a los actores profundizando en los personajes y en los grandes conflictos del ser humano. Quien esté interesado, puede visitar el enlace:

<http://teatrodecepcion.blogspot.com/>

## Juan José Millás (*Lo que sé de los hombrecillos*, Seix Barral)

En su última novela, *Lo que sé de los hombrecillos*, el protagonista puede ver la batalla que se libra en su cuerpo entre la contención y los deseos. Si no vemos hombrecillos, ¿es que estamos ciegos?

Sí, sin ninguna duda. Los hombrecillos están por todas partes, sobre todo dentro de cada uno. Si no los vemos es porque no los queremos ver, porque reprimimos todo lo que tiene que ver con nuestro lado oscuro, con resultados catastróficos. Es mejor reconocer la existencia de ese otro lado que nos habita, para negociar con él y llegar a acuerdos; cuanto más se reprime, con más fuerza se escapa por alguna grieta.

El personaje de mi novela se ha rodeado de un mundo normal para sofocarlo, y es ahí donde fracasa, porque la estrategia de sofocarlo es equivocada.

Hemos encontrado referencias a Kafka y a Carroll en su novela. ¿Algún autor más?

Muchos. Maupassant, Stevenson, Dostoievski, Cortázar, Borges, Espronceda. Es una larga tradición la de los autores que han tocado este tema y mi novela se inscribe en esa tradición.

Sería largo preguntarle por cada uno de ellos pero, por ejemplo, ¿qué aprendió de Kafka?

De él intenté aprender eso que podemos llamar la sencillez compleja. La metamorfosis se la puedes dar a un chico de quince años que no tenga bagaje lector y la entenderá a su nivel de comprensión, y seguramente le gustará. Es una novela sencilla y compleja simultáneamente. Si a mí me preguntaran cuál es la novela que mejor ha contado el siglo XX diría que ha sido *La metamorfosis*, y lleva camino de contar también el XXI. Es sorprendente que eso se haya hecho con un artefacto literario en torno a ochenta páginas y además escrito con esa aparente sencillez.

Puede que alguien piense que usted se aleja de la realidad al



escribir. ¿Qué le contestaría?

Cuando nos planteamos la huida de la realidad estamos cometiendo un error. ¿Qué es la realidad? Los sueños y las fantasías también son realidad, y no solamente lo son sino que determinan lo que llamamos realidad. Por ejemplo, esta botella (Millás señala una botella de agua mineral que hay sobre la mesa) antes de convertirse en un objeto material, digamos real, tuvo que ser un fantasma en la cabeza de quien la diseñó. Alguien tuvo que imaginarla o no habría llegado al mundo real. Todo lo que pasa por la cabeza llega tarde o temprano a la realidad y todo lo que está en la realidad es porque ha pasado antes por la cabeza. Poner una barrera excesiva entre los sueños y la vigilia, los delirios y la razón, es un error, el resultado del miedo a enfrentarnos a esa zona de nosotros que es más oscura, menos

conocida y más inquietante, pero también muchísimo más divertida.

Esa idea nos recuerda otras obras tuyas, como *La soledad era esto*.

Es una novela de esa zona de la realidad que, para verla, tenemos que ponernos en alerta y desarrollar unas capacidades especiales. Unas capacidades que tuvimos en la infancia y adolescencia para entrar en contacto con otras estancias de la realidad. Gran parte de la tarea educativa consiste en amputarnos esa capacidad, porque a profesores y padres les dan mucho miedo los niños imaginativos. Con frecuencia se les repite la frase: "pon los dos pies en la tierra". Por lo menos déjame tener un pie en otro lado, ¿no?, que es mucho más gratificante y divertida la vida así, pero hay un miedo enorme a ese lado, que está simbolizado también en el miedo a la noche.

El sistema formativo nos adiestra mucho en el resumen y no fomenta la creatividad. ¿Es parte de ese miedo a la imaginación?

Sí. Se valora más la enseñanza donde lo que se transmite es demostrable. Si yo aprendo a dividir, me puedo ir a la cama diciendo "sé una cosa más que ayer", pero si leo una buena novela soy más sabio que antes, pero no sabría decir por qué. En un mundo donde solo existe lo cuantificable, se carga el acento sobre disciplinas que proporcionan un saber cuantificable. Por eso, siempre que el Ministerio de Cultura se propone hacer cambios en el mundo de la enseñanza, pagan el pato las Humanidades. No saben para qué sirven, como no es cuantificable la sabiduría que nos transmite, parece que no es ninguna. Pero es mucha, y fundamental para la vida de cualquier persona.

Negar toda esa zona de nuestro ser que se alimenta con literatura, poesía, cine, arte en general, es un modo de embrutecer al ser humano.

¿Conviene un ser humano embrutecido?

Sí, sin duda sí, aunque por otro lado pienso que es muy peligroso para aquellos que creen que les conviene.

Después de treinta y cinco años publicando en distintos formatos y medios, y parafraseándole, ¿continúa usted viviendo en conflicto con las palabras?

Sí, ese conflicto es el que alimenta el deseo de seguir escribiendo. Si al acabar un libro tuviera la sensación de que ha sido perfecto, dejaría de escribir, ya estaría colmado ese deseo. Lo que nos empuja a volver a escribir es la sensación de que no hemos acertado. Cuando uno empieza a escribir, va a la búsqueda de un lenguaje propio con la única garantía de que jamás lo alcanzará. Y si lo alcanzáramos, moriríamos como escritores.

**Simon Starling**  
Recent History

26 noviembre 2010  
23 enero 2011

Exposición organizada por el CAC Málaga en colaboración con la Tate St Ives  
C/ Alemania s/n. 29001 Málaga Tel. +34 952 12 00 55. www.cacmalaga.org

**cac Málaga**  
Centro de Arte Contemporáneo

Ayuntamiento de Málaga

Colabora:

BRITISH COUNCIL

Paréntesis



# Taller de Escritura Creativa

Nuevo grupo en enero



C/Sánchez Pastor, 1, 1ºD - 29015 Málaga  
[www.tallerparentesis.com](http://www.tallerparentesis.com)  
[info@tallerparentesis.com](mailto:info@tallerparentesis.com)  
952 60 82 44



9 771989 112008

Periódico cultural gratuito  
disponible también en internet  
ISSN: 1989-1121  
Depósito Legal MA-577-2008